

DEMOCRACIA ILUSORIA: EL PLAN NACIONAL DE REHABILITACION ENTRE MINORIAS ETNICAS*

Jaime Arocha Rodríguez**

PNR, HISPANISMO Y COLISION ETNICA

La Comisión de Estudios sobre la Violencia en Colombia (Cevic 1987) publicó una tesis que, por controvertible, ha tenido mucha prensa y pocas consecuencias prácticas: en Colombia se superponen y refuerzan múltiples formas de violencia, invadiendo casi todos los ámbitos sociales. Ese equipo resaltó que la sobredimensión otorgada a la política por medios de comunicación de masas y funcionarios, ocultaba otros tipos y soluciones de violencia. Además, destacó su naturaleza relacional, lo cual también habían hecho los asesores presidenciales encargados del Plan Nacional de Rehabilitación (PNR). Identificando los vínculos entre entorno socioeconómico y conflicto, diseñaron una estrategia pacífica de fortalecimiento infraestructural que desecara el caldo de cultivo de la insurgencia (Betancur 1986; Barco 1988).

* En parte, este ensayo se basa en la ponencia leída el 9 de octubre de 1988 en el simposio Etnia-Nación. El evento se llevó a cabo en el Instituto Interamericano de Cooperación para la Agricultura, de San José, Costa Rica, bajo el auspicio del Instituto Indigenista Interamericano y el Instituto Panamericano de Geografía e Historia. Nina S. de Friedemann, Fabio López y William Ramírez Tobón leyeron versiones anteriores y con esmero y amabilidad sugirieron cambios que le dieron realce al argumento central.

** Antropólogo, Profesor de la Universidad Nacional de Colombia.

Pese a que usaron una metodología sistemática, su análisis partió de que la forma como ellos imaginaban el funcionamiento social era universal. Sin embargo, esa concepción nace de una tradición hispánica, entre cuyas metas siempre han figurado la unificación de creencias, idioma y "raza". Tiene, por lo tanto, elevada capacidad de choque, conforme se apreciará al enfocar la introducción del PNR entre los portadores de la cultura que Orlando Fals Borda denominó *anfibia*, escenificada en las selvas y llanuras a las cuales me referiré más adelante. Entonces se apreciará cómo lo que fuera ideado como instrumento de paz, puede generar formas de violencia que, como la étnica, no fueron previstas.

No obstante su severidad, este contrasentido ha pasado desapercibido para académicos, técnicos y políticos de centro, derecha e izquierda. También para muchos insurgentes. Sugiero que tal "ceguera social" se relaciona con la persistencia de variaciones sobre un tema colonial: para ascender en la pirámide de las castas raciales, había que dejar de ser indio o negro. Durante 350 años, doctrineros y educadores lo enseñaron y reiteraron, hasta convertirlo en lo que hoy llamaríamos una **orientación cognoscitiva**, es decir, en un **supuesto básico sobre la forma como deben funcionar los fenómenos y las relaciones sociales** (Mintz y Price 1977: 5). Creencias que como ésta, tienen la

capacidad de determinar la percepción (Bateson 1972), forman esa pertinaz estereotipia de la intolerancia, cuyo eje es la ecuación **el otro = inferior**.

DIVERSIDAD, INCERTIDUMBRE Y PORVENIR

Suponiendo que haya vacíos entre los conceptos de politólogos y antropólogos, antepongo algunas nociones propias de mi disciplina a este enfoque sobre el poder de aniquilamiento étnico que encierra el actual Plan Nacional de Rehabilitación. En primer lugar, reafirmo que para nosotros la palabra **cultura** designa el conjunto de instrumentos, técnicas, formas de organización, patrones de conducta, actitudes, valores y creencias ideado por un grupo humano en respuesta a los retos que le plantea el entorno.

La importancia de su aparición radica en que, mediante representaciones simbólicas, los padres pudieron legarle a sus hijos lo que inventaran. Antes de que esto sucediera, frente a los cambios del entorno, los repertorios de rasgos tenían que esperar a que selección y mutación dieran lugar a los ajustes correspondientes. Por capacidad de engendrar hijos en su totalidad diferentes a los progenitores, la reproducción sexual aceleró las transformaciones (Jacob 1981: 24, 25). Sin embargo, ellas aún estaban sujetas al azar genético.

La cultura le permitió a la invención tomar una ruta independiente de la que dictaban los cromosomas. A medida que las "bibliotecas" de rasgos crecieron, los humanos hicieron frente tanto a desiertos y glaciares, como a cambios bruscos de selvas y praderas. Inclusive, desarrollaron modos de sobrevivir en ámbitos para los cuales el cuerpo humano **siempre** ha carecido de adaptaciones orgánicas: lagos, ríos y mares. De ahí que pudieran poblar **todos** los nichos de la tierra. Ratificaron aquella lección evolutiva según la cual la diversidad es el seguro contra la incertidumbre (Jacob 1981: 129).

Mediante la polifonía de conductas, la cultura amplió los márgenes de la seguridad humana. Sin embargo, también aumentó la complejidad del aprendizaje. Este se hizo insepa-

table del repaso (Bateson 1972: 139). Por una parte, la memorización permitió sustituir conceptos por asociaciones pictóricas o icónicas de gran poder sintético (*Ibid.*: 411-425). Por otra parte, tan sólo mediante práctica y ensayo, los humanos pudieron "delegarle" al subconsciente las órdenes complejas impartidas por el cerebro a ojos, oídos, brazos y piernas, conforme sucede en el caso de comportamientos tan aberrantes como los asesinatos a sangre fría. Ocurren como culminación de una pedagogía formal en la que figuran la repetición diaria de himnos, ensayos en polígonos de tiro y prácticas con "muertos de prueba" (Varios 1989: 26, 38).

Con sus lecciones, consignas, oraciones y estribillos, escuela, partido, iglesia y medios de comunicación de masas amplían el espacio del repaso. Instituyendo la repetición, aumentan la eficiencia para traducir conceptos en cadenas de iconos subconscientes. Los costos, empero, podrían ser irreparables: intensificación de la eficacia con la cual un pueblo puede imponerle a otro sus creencias y, por lo tanto, de la amenaza a la diversidad **garante del porvenir humano**. Entonces la paradoja de la creatividad cultural consistiría en haber reeditado la relativa inflexibilidad de la herencia genética. Institucionalizar educación y adocrinamiento equivalió a diseñar y fabricar un "cromosoma cultural", transformable mediante mecanismos tan lentos e impredecibles como la mutación y la selección.

Es lógico, entonces, que con biólogos y otros científicos conscientes de que la supervivencia humana depende de la diversidad, los antropólogos expresemos reservas por cualquier programa político que proponga uniformar la conducta humana. Entre ellos, el hispanismo que impera desde la conquista ha sido letal. Construyó instituciones de educación y adoctrinamiento para cincelar en la conciencia y la subconciencia de la gente el mito de la superioridad racial ibérica, con todo y su colorario de que cuando nuestros pueblos lleguen a ser idénticos, creyendo en el mismo Dios, hablando la misma lengua y siendo de la misma "raza", alcanzarán la igualdad de derechos. Se trata de una ficción elaborada por quienes quizás no hayan leído una de las lecciones fundamentales de la historia: la igual-

dad, como concepto moral y político, se creó para salvaguardar la diversidad de identidades orgánicas y culturales (Jacob 1981: 128).

Con todo y lo suicida que sea negar la heterogeneidad, el hispanismo ha dejado su terca impronta en infinidad de puntos de nuestro mapa social, como sucede con el PNR. Su capacidad de comprometer la supervivencia étnica tampoco ha sido objetada por la insurrección. Quizá ello se deba a que ésta impulsa su propia cruzada por la monotonía, aseverando que para progresar, hay que "superar" la identidad étnica y tomar conciencia de clase.

GUERRAS Y VIOLENCIAS

En Colombia, la sucesión de conflictos armados evoca los estratos de una excavación arqueológica. Al hurgar en la superficie, surgen la multiplicidad de armas, escenarios y formas de violencia, incluyendo el contrapunto entre insurgentes y Estado (Arocha 1988a; Comisión de Estudios sobre la Violencia en Colombia, Cevic 1987; Sánchez 1988). Comenzó con las primeras guerrillas insurreccionales, pero se monta sobre La Violencia, a su vez posada sobre los conflictos agrarios de los decenios de 1930 y de 1920, los cuales se enlazan con la Guerra de los Mil Días (1900-1902), la cual se superpone a las guerras civiles del siglo XIX. Escarbando más, se hallan la revolución comunera y los alzamientos palenqueros extendidos de la llanura Caribe al bajo Magdalena, el Patía, el norte del Cauca y el litoral Pacífico (Friedemann y Patiño 1983). Bajo el cimarronaje de los siglos XVIII y XVII, están las guerras intertribales descritas en las Crónicas españolas y mitologías indias, las cuales fueron exacerbadas por la conquista (Arocha 1978).

Pese a que se han logrado establecer vínculos entre estos conjuntos de conflictos y movimientos, falta dar cuenta de la persistencia de las violencias en marcos regionales muy definidos: sangre en el valle geográfico del río Cauca; convivencia bastante pacífica en la llanura Caribe y en los Andes del sur (*ibid* y Lozada y Vélez 1988: 51, 52).

Dentro de esta antigua sucesión, sobresalen dos grandes conjuntos de choques. El primero, de conflictos *fratricidas*, como los que durante

La Violencia enfrentaron a los campesinos liberales y conservadores del Viejo Caldas. Han sido librados por quienes comparten afiliaciones sociales, lingüísticas o religiosas. Tienen un cimiento sólido en las inseguridades creadas por el propio entorno físico. Las relaciones entre tecnología humana, suelos, soles y lluvias no sólo determinan profundas fluctuaciones en la producción agrícola de laderas andinas y selvas húmedas (Arocha 1978; Friedemann y Arocha 1985: 35, 36), sino en las sucesiones de cosechas y "tiempos fríos", características de cultivos comerciales como el del café, y causantes de que año tras año se repitan los ciclos de inestabilidad laboral (Arocha 1979).

En el segundo conjunto, figuran enfrentamientos no *fratricidas*, entre gentes de diferente pertenencia sociocultural. Aquí aparecen insurgencias étnicas y territoriales como las que confluyeron en el movimiento campesino del decenio de 1970. Como en otras de su tipo, fueron frustradas por grupos dominantes, mediante la alternación de estrategias de *contra*insurgencia armada en la llanura Caribe, y pacífica en la región cafetera. Allí, los adalides del movimiento fueron captados mediante la oferta de puestos o de amplios créditos agrícolas (Arocha 1988a).

No obstante los cimientos económicos de estas últimas contiendas, ellas están ligadas a un mito que hoy se oculta con maquillaje democrático: "existen razas superiores, responsables del bienestar de sus subalternos". El legado de la pirámide colonial deja entrever el supuesto de que, ante la inventada inferioridad de indios y negros, su integración al orden social español, así fuera en calidad de esclavos, dizque equivalía a redimirlos de las miserias propias de su vida como naturales del Africa o del Nuevo Mundo (Friedemann y Arocha 1986: 16-47).

Para justipreciar la magnitud de la violencia contra minorías étnicas, en 1987 la Comisión de Estudios sobre la Violencia en Colombia enfocó las mismas regiones que le interesaban al PNR, según se desprendía de sus versiones anteriores a ese año. Sin embargo, considerando que los documentos consultados ocultaban muchos roces interétnicos propuso reagrupar las áreas así: (a) zonas de conflicto entre los

colonos campesinos e indígenas; b) zonas de conflicto entre economías modernas y tradicionales y; teniendo en cuenta las particularidades de sus problemas, (c) Cauca indio (Cevic 1987: 105-133). Las nuevas categorías permitirían identificar fricciones distintas a las de indios y "blancos". Estas eran las únicas que parecían contar para los miembros de la Consejería Presidencial para la Reconciliación, Normalización y Rehabilitación.

En julio de 1987, la Comisión le entregó al presidente Barco su informe **Colombia: Violencia y Democracia**. Un año más tarde, el mandatario publicó la última versión del Plan, sin cambios sustanciales en la regionalización. Reconoce las siguientes zonas: (i) de enclave (págs. 64-72); (ii) de colonización (págs. 72-78); (iii) deprimidas (págs. 81-87), e (iv) indígenas (págs. 87-94). Empero, lo más importante es que al ignorar el informe de la Comisión, el Plan no plantea soluciones para la violencia contra minorías étnicas. No sólo la ecuación *etnia = indígena* oculta toda la problemática negra, sino que al caracterizar zonas como las de enclaves o las de colonización ignora las fricciones entre indios y colonos, entre negros y colonos, y entre indios y negros.

CULTURA ANFIBIA

Orlando Fals Borda (1980: 21B) definió la cultura anfibia en términos de

(...) elementos ideológicos (...) expresiones psicosociales [y] actitudes (...) que tienen que ver con los ríos, caños, barrancos, laderas, playones, ciénagas y selvas pluviales; incluye instituciones afectadas por la estructura ecológica del trópico (...).

Acuñó el término con base en su estudio de la gente de la depresión momposina, en la llanura Caribe. Aquí, yo amplió el área, incluyendo los valles del Cauca y del Bajo Magdalena, así como los dos literales que están habitados por grupos con ascendencia africana. Representan el 30% de la población colombiana, y en lugares como la ensenada de Tumaco o los ríos auríferos de las selvas nariñenses, caucanas y chocoanas predominan sobre otras poblaciones.

Pueblos como el Palenque de San Basilio (en la llanura Caribe) o los de los mineros del Güel-mambi (Nariño) o Neguá (Chocó) fueron fundados por gente que huía de la esclavitud. Se desarrolló una organización social centrada alrededor de cuagros y de ramajes bilaterales, a los cuales les caben funciones de control y manejo de las áreas mineras y agrícolas (Friedemann 1985; Friedemann y Patiño 1984). Desde el punto de vista de la lengua y la religión, son tan singulares que algunos académicos extranjeros han sugerido que se les clasifique como "tribus modernas". Por razones obvias, los especialistas colombianos han rechazado esta alternativa.

En las llanuras de la Orinoquia se encuentran emigrantes andinos, cuyas culturas son también fruto de procesos evolutivos bastante autónomos. Sobresalen por su dialecto, sus expresiones artísticas, prácticas de medicina tradicional y formas comunales para atender la tierra y manejar los hatos (Lobo-Guerrero y Herrera 1983).

En la llanura Caribe es protuberante el campesinado triétnico descrito en detalle por Fals Borda en su **Historia Doble de la Costa**, y en la Sierra Nevada de Santa Marta, indígenas coguis, arhuacos y malayos parecen estar cercanamente aparentados con la gente anfibia (Friedemann y Arocha 1985: 297-322). Aunque los negros de la zona plana del norte del Cauca ocupen un habitat terrestre, tienen un sistema agrícola similar al de la selva tropical y formas de socialización muy parecidas a las de otros grupos anfibios (Friedemann y Arocha 1986: 183-230).

Con todo y la inmensidad de las áreas anfibias, es necesario recalcar que no cubren toda Colombia. Los guambianos y paeces del Cauca son gente andina y los sibundoyes parecen ser un grupo de transición entre la selva y los Andes. Extraigo, pues, estas etnias y las de la parte desértica de la Guajira, es decir, poco más del 50% de los indígenas del país, quienes, a su vez, representan el 3% del total de la población. Hechas estas sustracciones, nos encontramos ante un gran conjunto de sociedades asentadas sobre regiones que en buena proporción se inundan durante las estaciones lluviosas y que, además, están rodeadas de ciénagas y surcadas por infinidad de ríos. Los

veranos descubren sabanas fértiles, en la llanura Caribe, e infértiles en la Orinoquia; selvas húmedas en la Amazonia, y superhúmedas y montañosas en el litoral Pacífico.

La investigación arqueológica y lingüística sugiere que la evolución de las sociedades anfibia siguió secuencias muy particulares (Friedemann y Arocha 1985: 23-78). Una de ellas posiblemente es la que va de la caza y la recolección a la horticultura. Sin embargo, las sociedades ribereñas de la Amazonia parecen haber tomado la vía de la pesca realizada mediante barascos y redes de algodón con flotadores de calabazo (Lathrap 1977). El cultivo de las plantas que les facilitarían el acceso a materias primas para fibras y boyas habría precedido el de las plantas alimenticias (*ibid*). Más adelante, algunos de esos grupos, respondiendo a cambios climáticos muy profundos, abandonaron la horticultura, para readquirirla cuando las condiciones ambientales fueron propicias (Friedemann y Arocha 1985: 71, 122-126). Entonces, su dependencia periódica en prácticas de caza y recolección no puede interpretarse como "retrógrada".

GENTE Y TIERRA

No todas las regiones anfibia son aptas para los cultivos permanentes. Entre las excepciones, figura la llanura Caribe donde aún son visibles los restos de un complejo sistema hidráulico que cubrió más de 200.000 hectáreas. Fue construido hace 700 años por los pancenúes en la depresión momposina. Se trataba de una

(...) combinación de ingeniería civil y agronomía [que] resultó en lo que podría considerarse como una gigantesca fábrica de alimentos dentro de los cuales se destacaban la yuca, el bagre seco y la icotea. Empero, una larga lista de frutas, así como bocachicos, iguanas, cocodrilos, pavos, perdices, conejos, dantas, pecaríes, venados y manatíes, entre otros mamíferos, aparecían en renglones prominentes de la economía local. La gente pancenú hizo una óptima utilización de los canales no sólo en faenas de pesca (...), sino para iniciar una verdadera industria de piscicultura (...).

Plazas y Falchetti de Sáenz (1981) estiman que este sistema agrícola y pesquero multiplicaba por 12 y hasta 14 veces la capacidad sustentadora de la agricultura de tumba y quema. Esto quiere decir

que los pancenúes estaban en capacidad de alimentar 1.000 personas por cada kilómetro cuadrado (Friedemann y Arocha 1985: 41).

Hoy por hoy, la gente anfibia continúa combinando pesca y recolección de moluscos y reptiles con distintos tipos de agricultura itinerante. En la Amazonia, priman sistemas de tumba y quema, mientras que el litoral Pacífico sobresalen los de tumba y pudre. Sin embargo, en ambas áreas domina el supuesto de que deben sembrarse multiplicidad de especies por área. La combinación de plantas no debe ser al azar, sino encaminada a reproducir asociaciones que aceleren el crecimiento, impidan la propagación de plagas y frenen la erosión, replicando muchas de las características del bosque original (Beckerman 1983). De ahí que el policultivo sea inseparable de un virtuosismo agrícola que el Estado desconoce y arrasa al avaluar las "mejoras" introducidas por un colono como superficies totalmente taladas. Exceptuando la llanura Caribe y el litoral Pacífico hay un claro dominio individual de la tierra. Empero, en toda el área, tiende a suponerse que la legitimación de aquél depende de las mitologías, trabajo agrícola y minero o de las toponimias, mas no de escrituras.

ASENTAMIENTOS Y COMUNICACIONES

En las regiones anfibia, las aldeas toman múltiples formas. Las hay centradas alrededor de una maloca multifamiliar y comunal que es a su vez templo y observatorio astronómico. Otras son líneas de casas palafíticas a lo largo de los ríos del litoral Pacífico y de la llanura Caribe (Fals Borda 1980: 21B; Friedemann y Arocha 1986: 221-300). Sin embargo, toda esta diversidad se basa en el supuesto de que el subsuelo que está debajo de casas y cultivos, así como la cúpula celeste, forman una enorme esfera cuyos pobladores sobrenaturales influyen en la cotidianidad de los moradores de la tierra.

Aun cuando conocidas desde tiempos precolumbinos por alfareros y fabricantes de juguetes, las ruedas siguen siendo marginales en cuanto al transporte. En el litoral Pacífico sí que son evidentes las causas de este fenómeno, el cual, con gran eurocentrismo, tam-

bién se le atribuye al atraso. Allá, además de llover siempre, hay montañas bajas pero empinadas, cubiertas de enormes árboles que echan sus raíces en terrenos de enormes guijarros y gredas pesadas y pegajosas. En esas selvas, las ruedas de carreta o las llantas, conforme las conocemos hasta hoy, son imanes de barro que se entierran, oxidan, pudren y estorban. Objetos que, en vez de ahorrar energía, deben ser llevados y ayudados.

En el resto de las regiones anfibias, las inundaciones inhabilitan tanto los caminos como grandes áreas para el pastoreo de animales de tiro. Y por su parte, las selvas nunca han ofrecido la yerba que hubiera permitido la expansión de los pocos rebaños de rumiantes grandes que sobrevivieron la depredación de los cazadores del paleolítico (Harris 1977). Así, la gente supone que comunicarse equivale a usar canoas, canaletes y remos en las vías acuáticas. Y que caminos, llantas y ruedas sólo sean para el verano.

REPRESENTACION POLITICA

Dentro de estas comunidades, un principio imperante es que la sabiduría haga a los adalides. La educación es un proceso complejo y largo, que incluye religión, mitología, astronomía, medicina, caza, pesca, recolección y cultivo y manejo de plantas sagradas. El protagonismo de la mujer no es extraño, especialmente dentro de las comunidades emberáes y noanamáes del litoral Pacífico. En esa región hay chamanes indios que cuentan con aprendices negros. Así, los más versados en castellano y asuntos burocráticos pueden no ser dirigentes respetados y obedecidos.

MODELAJE DE LA PERSONA

La gente anfibia tiende a suponer que la formación de los niños no debe delegarse, sino ser responsabilidad de las familias elemental y extendida, de los grupos de edad, los linajes, los ramajes, los cuagros y los ancianos. La meta del proceso es ampliar al máximo las experiencias y los conocimientos de la persona. Entre los tucanos del Vaupés, por ejemplo, rige que un hombre se case por fuera de su grupo lingüístico. Ello explica que las mu-

jerres de esas comunidades indígenas hablen idiomas diferentes a los de sus esposos, y que los hijos de una pareja no sólo sean tri o tetralingües, sino concedores de las variaciones de la mitología propias de por lo menos los grupos de procedencia maternos y paternos (Friedemann y Arocha 1985: 133-134).

En las comunidades negras, parecería que una de las metas del proceso de socialización tradicional sea preparar adultos que supongan que a lo largo de sus vidas desempeñarán múltiples actividades en los más variados lugares. Se trata de individuos muy adaptables, que en el transcurso de sus vidas aprenden con facilidad decenas de oficios, en su mayoría bastante dispares (Friedemann y Arocha 1986: 325-332; Torres 1989).

EXPERIMENTACION, PASADO Y FUTURO

La gente anfibia de mente abierta hacia el futuro, dispuesta a no atar su vida a la monofonía, condensa lo que parecería ser una añoranza cultural: multiplicar diversidades. Las orientaciones cognoscitivas que he enfocado tan sólo representan una fracción de la estereofonía que resulta de por lo menos diez mil años de experimentación botánica, zoológica y filosófica, ateniéndonos a los estimativos más conservadores para el poblamiento de las tierras bajas de Suramérica. Pero si llegaran a demostrarse ciertas hipótesis como la del arqueólogo Donald Lathrap, habría que hablar de 40.000 años de aprendizaje, a los cuales tendríamos que sumar los del aporte africano.

¿Figura toda esta sapiencia en el mapa que dibuja el porvenir de la nación colombiana? Si ese mapa es de paz y si una de las fórmulas para alcanzar es el Plan Nacional de Rehabilitación, así duela, hay que concluir que desprecia todo este legado. A cambio, propone una variación de las frases labradas en oro sobre una de las paredes del edificio de la Academia Colombiana de la Lengua: un solo Dios, una sola lengua, una sola raza.

PNR Y CULTURA HISPANICA

Hoy puede parecer ridículo, pero es cierto que durante la Colonia, Estado e Iglesia excu-

saron la trata argumentando que esclavizar a los africanos era ofrecerles un mundo mejor (Friedemann y Arocha 1986: 83-92). ¿Leemos del mismo modo a quienes hoy aseveran que fuera de los espacios que el Estado delimita, la gente sobrevive con dificultad? La arqueología tiene hoy bases sólidas para afirmar que la combinación de bienestar y autonomía individuales garantizada por las sociedades del Neolítico ni ha vuelto a ser alcanzada, ni quizás sea superada (Harris 1977: ix-xiv). Esos treinta mil años que la gente anfibia gastó inventando sola un nuevo mundo, constituyen el arsenal empírico mediante el cual la antropología duda de que el llamado "progreso" venga de la mano de instituciones europeas, conforme parecerían creer los diseñadores del Plan Nacional de Rehabilitación. Justifican su propuesta con base en tres argumentos, cuya debilidad empírica más bien los convierten en racionalizaciones de la democracia ilusoria o de la rapacidad con la cual se ha propagado el capitalismo en la periferia colombiana: (i) al no estar organizada en partidos políticos, la gente no puede participar en la democracia; (ii) la pobreza es fuente de calamidades sociales, y (iii) la violencia depende de la marginalidad geográfica y económica (ver capítulos introductorios de Barco 1988). Los tres recuerdan las visiones difundidas por los evolucionistas de la época victoriana. Según ellos, los que mal llamaban "primitivos" eran gentes inorgánicas y caóticas.

EDUCACION

Como lo fue para los victorianos, para los portadores de la cultura hispánica organizarse es casi impensable por fuera de la cuadrícula. La empresa conquistadora podría resumirse en términos de transportar la plaza mediterránea al espacio y a la mente de los humanos de esta parte del mundo. La fortaleza de la gente de aquí, y la de los africanos que jamás dejaban de luchar por su libertad, se enfrentó mediante equipos de misioneros que hoy sobreviven en casi todo el área anfibia. Han sido ellos los "desculturadores" más eficaces. Sus programas pocas veces han estado enfocados a la transmisión de destrezas que puedan ser útiles para que las etnias se pro-

yecten hacia el futuro, sino que difunden habilidades de servidumbre.

La reflexión que hace el Plan Nacional de Rehabilitación sobre estos aspectos es marginal. Fuera de referencias tangenciales a la etnoeducación entre grupos indígenas (Barco 1988: 143, 144), ni siquiera incluye a los grupos negros. No hay pensamiento alguno sobre el problema educativo de ellos (véanse págs. 133-135), pese a que en las regiones que los diseñadores del Plan llaman "de enclave", como la del litoral Pacífico, reciben el peor de los tratamientos, amparado, por racionalizaciones bíblicas sobre la supuesta inferioridad racial de sus moradores (Friedemann y Arocha 1986: 379-432; Friedemann 1988).

PUEBLOS, CARRETERAS Y PARTIDOS POLITICOS

Los inventores del PNR suponen que sus beneficiarios tan sólo viven en ecosistemas terrestres. De ahí que para ellos la ciudad, con sus viviendas cimentadas a ras de tierra, sea el medio para satisfacer necesidades. Los asentamientos deben ser cuadrículares y conectarse con otros mediante caminos para vehículos de ruedas. Pese a las vidas, terraplenes y casas que año tras año arrasan las crecientes, o las regiones que quedan aisladas por el invierno y sufren multimillonarias pérdidas económicas, el Plan no imagina una ingeniería moderna que plantee alternativas a cimientos profundos, ruedas y carreteras. La palabra canoa ni siquiera figura en el léxico de los responsables de la última publicación (Barco 1988). Tampoco aparecen las posibles interconexiones fluviales que también desembotellarían las regiones aisladas, ni la modernización del transporte acuático (*ibid.*). Todo esto es consecuente con el supuesto de que tan sólo las carreteras valorizan la propiedad agraria y que en las regiones anfibias ésta es para albergar ganado.

Para el PNR, la cuadrícula urbana también deben ser matriz para organizar la representación política. De los delegados "populares" no se exige sabiduría, sino apoyo numérico de otros habitantes de las cuadras. Los Consejos de Rehabilitación no corrigen las contradic-

ciones de esta democracia mecanicista. Requieren que en ellos figuren las llamadas "fuerzas vivas" de las regiones, a saber, los representantes de las agencias del Estado a nivel regional, los de los gremios, la Iglesia y los miembros de los partidos tradicionales (*ibid.*, pág. 151). En otras palabras, ¡las instituciones y personas de quienes la introducción del Plan dice no ser capaces de generar credibilidad entre los ciudadanos!

No define mecanismos para vincular organizaciones no formales y tradicionales. De las últimas, que existen en toda la nación, tan sólo reconoce derechos a las de los indígenas. Los diseñadores de la estrategia, en este caso, imaginaron que sólo entre los indios podrían llegar a funcionar Comités de Autoridades Tradicionales (*Cats*) (*ibid.*, pág. 154). Sin embargo, no especifican las relaciones entre *cats* y cabildos. Tampoco reconocen la heterogeneidad, imponiendo sobre las comunidades anfibia orientaciones propias de los indígenas de los Andes (véanse págs. 152-155).

TALA, ALAMBRE DE PUAS Y ESCRITURAS

El hispanismo manda que las cuadrículas urbanas deban extenderse hacia el ámbito rural mediante cercas de piedra o de alambre de púas. También supone que esos cuadriláteros deban escriturarse a nombre de un propietario individual, después de que éste haya demostrado capacidad para introducir "mejoras". Estas deben equivaler al número de hectáreas de bosque arrasado. El Estado no reconoce otro medio de medir el trabajo invertido por el colono. En concordancia con esta orientación cognoscitiva, el Plan sólo prevé la existencia de dueños que tengan cultivos permanentes de una sola especie.

La Comisión de Estudios sobre la Violencia constató esta miopía en la reunión que sostuvo el 16 de febrero de 1987 con los asesores presidenciales responsables del diseño del Plan. Cuando les preguntó sobre los programas de fomento para los agricultores de las selvas, hablaron de palma africana, cacao y ganado, todos monocultivos de alto riesgo, sentenció la Comisión. Exceptuando el ganado, respondió uno de los funcionarios y se pasó por alto que

para alimentar vacas hay que reemplazar los árboles por otro monocultivo, el pasto.

La estrategia del PNR parecería transigir con otras formas de agricultura, basadas en la tenencia comunal de la tierra; sin embargo, no objeta el contenido de la Ley 89 de 1890, que las define como fórmulas transitorias, mientras sus propietarios indígenas se integran a la "vida civilizada". De ahí las dificultades de los negros del litoral Pacífico para que el gobierno les otorgue resguardos (Ayala Villamil 1988).

Considerando que en agosto de 1987 la Consejería Presidencial para la Reconciliación, Normalización y Rehabilitación recibió el informe *Colombia: Violencia y Democracia*, y que en él, con abundancia de argumentos, la Comisión de Estudios sobre la Violencia hizo un llamado urgente para eliminar el concepto de "tierras baldías" (Cevic 1987: 131-133, 276-290), es desconcertante hallar que la última versión del Plan no se aparta de la tradición española, siquiera objetando esa figura jurídica (Barco 1988: 116-117). Por el contrario, sigue imaginando a las tierras ocupadas desde hace siglos por indios y negros como vacías, sin discutir por supuesto, los derechos a los recursos del subsuelo que tales comunidades han ejercido de hecho, generándole al país apreciables riquezas auríferas y de otro tipo. En este aspecto, el Plan no sólo vuelve la espalda a la historia, sino al presente: porque una fuente actual de grandes conflictos étnicos es la invasión de territorios indígenas por parte de colonos mineros. Tal sucede con los lechos auríferos del Guanía, donde, para complicar el asunto, las FARC, casi siempre alineadas con la población colona, hacen las veces de Estado.

EL INVISIBLE

Es difícil no experimentar frustración ante tal suma de terquedades. Para los funcionarios presidenciales, el otro, el que no es hispánico, parece ser tan invisible como para tantos otros miembros de las clases dirigentes que han pasado por nuestro sistema educativo. A partir de 1984 entró en vigencia una profunda reforma curricular que le da un protagonismo enorme a la historia en la primaria y la secundaria. Ello

no obsta para que entre los escolares el “¡no sea indio!” siga sobresaliendo como uno de los insultos más hirientes, y que a los estudiantes con rasgos negroides se les ofenda llamándolos “ñeros”.

Desde que los curas doctrineros desembarcaran con los conquistadores, hemos contado con agentes que cincelan en la mente de los educandos binomios simples como **indio = bruto** o **negro = perezoso**, donde el segmento derecho se sumerge en el subconsciente iconográfico. Mi hipótesis es que tan sólo cuando se ponga en marcha la difícil operación de borrar estos estereotipos, medio sumergidos en el subconsciente, aparecerán planes de rehabilitación que no enfrenten la agricultura itinerante basada en la diversidad de plantas con el monocultivo permanente. Ni los asentamientos soñados como esferas cósmicas con las cuadrículas planas. Ni ríos, canoas y canales con carreteras y llantas. Ni toponimias, trabajo agrícola, mitología y otros legitimadores de la territorialidad tradicional con las escrituras de propiedad. Ni los sabios como representantes tanto de la comunidad como de la historia, con los compradores de votos. Ni las formas de educación para la diversidad, con la escuelita rural cuyo maestro le enseña a sus alumnos a creer en el mismo Dios, hablar la misma lengua y dejarse de ver negros o indios, sino volverse de “raza” colombiana.

¿ANALFABETISMO ILUSTRADO?

Estos puntos de choque son la síntesis de 450 años de relaciones entre los portadores del hispanismo y las minorías étnicas. A pesar del carácter subconsciente de la estereotipia de la intolerancia, es difícil aceptar que después de una experiencia tan larga, ni los impulsores de un programa gubernamental que aspira a ser fuente de coexistencia pacífica sepan leer los síntomas de etnocidio, ni que sus contradictores los critiquen con ahinco.

En principio, uno aspiraría a que en la coyuntura política actual la insurgencia apoyara la supervivencia de esas minorías. Al fin y al cabo las luchas de los grupos étnicos no le han sido del todo ajenas, como puede apreciarse citando algunos casos. En el decenio de 1920, a los miembros del Partido Socialista Revolu-

cionario les impresionó el “comunismo” de los indígenas tanto como su solidaridad, y en consecuencia trabajaron con los arhuacos de la Sierra Nevada de Santa Marta, los paeces del Cauca y los pijaos del Tolima (Pineda Camacho 1984: 211-229). También establecieron lazos con el enclave de campesinos negros de la zona plana del norte del Cauca, según se deduce del estudio del historiador Gonzalo Sánchez sobre las ligas campesinas (1985a: 73). El añade que esa política continuó cuando el Partido Comunista Colombiano tomó las riendas del proyecto socialista, pero que giró 180 grados a partir de 1936 (*ibid.*: 198-199). En el Cauca y el Tolima, una de las manifestaciones de este cambio consistió en la división del movimiento indígena en dos vertientes, una siguió a Manuel Quintín Lame y otra a José Gonzalo Sánchez. Al respecto, Pineda Camacho (1984: 220) explica:

(...) El sectarismo del joven partido comunista —criticado después aún más en sus propios documentos— no les permitió comprender la potencialidad revolucionaria del movimiento lamista, debilitándose, progresivamente, la acción de las dos tendencias en el campo.

(...) desde 1937 el movimiento campesino e indígena quedó parcialmente “huérfano” (...) debido, en parte, a la aplicación de las Resoluciones del XII Congreso de la Internacional Comunista que recomendaba efectuar alianzas de clases en los diferentes países contra el Fascismo (Pineda Camacho 1984: 220).

Casi cincuenta años más tarde, Ernesto Rojas, un adalid de guerrillas ilustradas, hablaría de la impresión tan positiva que se llevaron los miembros del Partido Comunista Marxista Leninista al descubrir “comunistas silvestres” en la llanura Caribe (Behar 1985: 107). Ese partido y su brazo armado, el Ejército Popular de Liberación, se valieron del movimiento campesino del alto Sinú y del San Jorge para apuntalar un proyecto revolucionario maoísta (Alape 1985: 305-309). Sin embargo, en 1980 dieron pie atrás, después de que el Décimo Primer Congreso de ese partido, entre otras cosas, concluyera que

(...) la lucha armada no debía estar localizada en las zonas marginadas o en las zonas agrarias, sino que debía corresponder a una proyección dentro de la lucha de clases, ligada esencialmente al proletariado industrial y agrícola (...) (Alape 1985: 311).

Hechos similares ocurrieron con los comités de usuarios durante el auge del movimiento campesino en el decenio de 1970, y hoy por hoy suceden con el movimiento indígena. El Consejo Regional Indígena del Cauca (CRIC) sostiene que

Las mismas organizaciones (revolucionarias) que despedazaron [el movimiento campesino] intentaron también tomarse al Cric, y fueron varios años de una difícil lucha los que permitieron mantener la autonomía de la Organización Indígena (Cric, 1987: 9).

(Con respecto a la guerrilla, uno de sus) grupos, por ejemplo, ha tratado de imponer su hegemonía en la Cordillera Central, no vacilando ante ningún medio para lograr su propósito. Su enfrentamiento con las comunidades ha traído la muerte de más de 20 indígenas y comuneros, que se agregan a las víctimas causadas por las fuerzas enemigas.

Otro grupo aspira a convertir las zonas indígenas del Cauca en el escenario de su guerra total contra las fuerzas armadas del régimen, esperando contar con el apoyo de la población (*ibid.*, pág. 12).

La relativa incompatibilidad entre izquierdistas ilustrados y minorías étnicas quizás esté relacionada con otra bien documentada orientación cognoscitiva: para progresar es necesario "superar" la identidad étnica y adquirir la de la clase social. Entre quienes se autoproclaman revolucionarios, son excepcionales los que no catalogan las luchas tradicionales como "retardatarias" y montan sistemas de adoctrinamiento para sustituirlas por las que para ellos son "formas superiores". Con esa misma facilidad algunos entran a escalafonar a los grupos campesinos y colonos como más "avanzados" que los indígenas. De ahí deslices hacia la eutanasia social, como el reportado a principios de 1988 por los antropólogos que hacían trabajo de terreno en la Sierra Nevada de Santa Marta: un frente guerrillero tenía amenazados de muerte a varios sacerdotes de las religiones arhuaca y cogui como parte de una campaña para impulsar el "progreso" de los indios, ¡campesinizándolos!

Más que en la historia o la empiria, las escalas para medir la "superioridad" de una sociedad de humanos se han basado en la arrogancia y el dogmatismo. Su aplicación tiene resultados tan nefastos como los que el propio sandinismo ha tenido el valor de reconocer en el caso de la Mosquitia nicaragüense, territorio al cual le

concedieron autonomía. También reconocieron los derechos étnicos de sus moradores, después de haberse asesorado del equipo antropológico presidido por Héctor Díaz Polanco (Durand 1987). Entonces, no es por casualidad que 102 de las 120 guerras que hoy se libran en el mundo tengan que ver con la etnicidad.

La izquierda no puede dejar pasar desapercibida la lección de los miskitos. De otro modo, sus actos seguirán pareciéndose a los de esa derecha que desde finales del siglo pasado también pregona que progresar es dejar de ser indio o negro. Para ella, la integración es panacea de civilización, conforme quedó plasmado en la Ley 89 de 1890:

Artículo 1o. La legislación general de la República no regirá entre los salvajes que vayan reduciéndose a la vida civilizada por medio de Misiones. En consecuencia, el Gobierno, de acuerdo con la autoridad eclesiástica, determinará la manera como esas incipientes sociedades deben ser gobernadas.

Artículo 2o. Las comunidades de indígenas reducidas ya a la vida civil tampoco se regirán por las leyes generales de la República (...) (CEIC 1986: 63).

Ante la confluencia de ambos bandos de ilustrados, en cuanto a la justificación del aniquilamiento cultural, es lógico que las minorías étnicas tiendan a desvincularse tanto de los proyectos revolucionarios, como de los planes gubernamentales. Esa rebeldía, infortunadamente, se castiga sin miramientos.

Hasta hace poco, frente a estos rompimientos, las guerrillas simplemente cambiaban de táctica y buscaban otros "clientes". Sin embargo, durante los últimos años, organizaciones como la de los **Gobernadores Indígenas en Marcha** (1985) denuncian que quienes luchan por la autonomía comienzan a ser clasificados como "delatores". Dentro de la justicia de los alzados en armas, ese delito de "traición" se castiga mediante el fusilamiento (Grupos de Solidaridad con los Indígenas 1986). Esta forma de obrar, infortunadamente, traspasa las fronteras del Cauca indio (Pizarro 1987). En la actualidad, los adalides de diferentes movimientos sociales pueden ser buscados por los ejércitos privados de los terratenientes que los catalogan de "criminales comunes"; por el Ejército nacional que los llama "encubridores", y por los insurgentes armados que los ven como "sapos" (delatores).

Este "emparedado étnico" es objeto de permanentes denuncias, como puede apreciarse al leer los boletines y las publicaciones periódicas de organizaciones populares como el Consejo Regional Indígena del Cauca o Cimarrón. La Comisión de Estudios sobre la Violencia dedicó un capítulo del libro **Colombia: Violencia y Democracia** a describir, región por región, las causas históricas, económicas, sociales y políticas de esa anomalía. También formuló soluciones tan concretas como los fundamentos de una nueva legislación indígena (Cevic 1987: 276-290).

Ambos aportes de la publicación son los más ignorados por quienes aspiran a lograr avances a partir del trabajo de la Comisión. Como en otros institutos académicos, en el Centro de Investigación y Educación Popular (CINEP) se ha formado un nuevo grupo de investigación holística sobre el conflicto social en Colombia. Siguiendo las tendencias imperantes, sus primeras publicaciones no le dan cabida a las fricciones étnico-territoriales, ni siquiera dentro de la acepción tradicional **etnia = indígena**. Continúan imaginando que la representación política tan sólo es posible mediante partidos; de ahí que perciban a las clases populares sin ellos como grupos desordenados que ofrecen un buen caldo de cultivo para la violencia (González et al. 1988).

El 21 de octubre de 1988, este equipo organizó un seminario para oír críticas a su propuesta. Cuando mostré que el documento hacía caso omiso de la fortaleza de las organizaciones autóctonas, uno de sus miembros, el historiador Fabio Zambrano, sostuvo que en nuestro territorio ha sido tal la "desorganización social" que, con mucha claridad, desde los documentos de las visitas de La Colonia se viene diciendo que indios y negros ¡carecen de Dios y ley!

Esta reflexión sobre la capacidad aniquiladora de un programa de contrainsurgencia sin armas le abre la puerta de **Análisis Político** a la antropología. Representa la ocasión de reiterar que la democracia no es posible mientras en el fondo de su conciencia, ilustrados de derecha, izquierda y centro coincidan en definir al "otro" como inferior en lo genético, social o político. Se trata de una descalificación que al

no ser ni siquiera válida como excusa de la esclavitud, resulta aberrante en el momento en que los académicos colombianos parecen dispuestos a contribuir con sus ideas a demoler esa espiral satánica que, en América Latina, ha ido superponiendo violencias que se nutren entre sí, hasta mostrarse casi incontenibles.

BIBLIOGRAFIA

- Alape, Arturo, 1985, **La paz, la violencia: testigos de excepción**, Bogotá, Editorial Planeta.
- Angulo, Alejandro, 1985, Prólogo a Molano, Alfredo 1985. **Los años del tropel**, págs. 9-19. Bogotá, Centro para el Estudio de la Realidad Colombiana (CEREC), Centro de Investigación y Educación Popular (CINEP), Estudios Rurales Latinoamericanos.
- Arocha, Jaime, 1978, "Clima, habitat, proteínas, guerras y sociedades colombianas del siglo XVI", **Revista de Extensión Cultural**. Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín, Nos. 5 y 6, págs. 50-59.
- 1979, **La violencia en el Quindío**, Bogotá, Tercer Mundo.
- 1987, "El proceso de paz en Colombia y los grupos étnicos", **Sotavento**, Vol. 1, No. 1. Bogotá, Facultad de Administración, Universidad Externado de Colombia.
- 1988a, "Insurgencia y contrainsurgencia: Etnodesarrollo violentado en Colombia", en **Memorias, II Simposio sobre la violencia en Colombia**, Chiquinquirá, septiembre 3-5 de 1986. Bogotá, Instituto Colombiano para el Fomento de la Educación Superior (ICFES).
- 1988b, "Culturas manufacturadas e intolerancia", en **Comisión Violencia-Televisión**, Patricia Pinzón de Lewin (ed.), Págs. 231-266. Bogotá, Fondo Colombiano de Investigaciones Científicas y Proyectos Especiales Francisco José de Caldas (Colciencias).
- 1989, "Etnografía iconográfica entre grupos negros", en **Criele, criele son: Del Pacífico Negro**, por Nina S. de Friedemann, Bogotá, Editorial Planeta.
- Ayala Villamil, Luzdary, 1988, "PNR en Chocó: Apenas se está dejando ver", **El Espectador**, octubre 3, págs. 1A y 8A. Bogotá.
- Barco Virgilio, 1988, **Plan Nacional de Rehabilitación: Una estrategia de desarrollo social y regional para la reconciliación, 1986-1990**, Presidencia de la República, Consejería para la Reconciliación, Normalización y Rehabilitación.
- Bateson, Gregory, 1972, **Steps to an ecology of mind**, Nueva York, Ballantine Books.
- Behar, Olga, 1985, **Las guerras de la paz**, Bogotá, Editorial Planeta.
- Betancur, Belisario, 1986, **El compromiso de la paz: Informe al Congreso de Colombia, 1982-1986**, Bogotá, Fondo Editorial Banco de la República.
- Bouzas, Amparo, 1986, **Memoria del Proceso de Paz 1982-1986**, Bogotá, Consejería Presidencial para Asuntos de Paz.

- Cinep, 1988, *Cien días*, No. 2, Bogotá, Centro de Investigación y Educación Popular y *El Espectador*.
- Comisión de Estudios sobre la Violencia en Colombia (CEVIC).
- 1987, *Colombia: Violencia y Democracia*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia.
- 1987, *El movimiento indígena*, Coloquio sobre alternativas populares en Colombia, marzo 18-23, Bogotá, Centro de Investigación y Educación Popular.
- Cric, 1986, *Cartilla de legislación indígena*, Cali, Consejo Regional Indígena del Cauca.
- Durand, Jorge, 1987, "Etnia y nación (entrevista con Héctor Díaz Polanco)", *Boletín de Antropología Americana*, No. 15, julio, págs. 133-153.
- Fals Borda, Orlando, 1980-1986, *Historia Doble de la Costa*, 4 vols. Bogotá, Carlos Valencia Editores.
- Friedemann, Nina S. de, 1984, "Estudios de negros en la antropología colombiana", en *Un siglo de investigación social*, págs. 507-572. Jaime Arocha y Nina S. de Friedemann (eds.), Bogotá: Etno.
- 1985, "Troncos among the Black miners of Colombia", en *Miners and minning in the Americas*, William Culver y Thomas Graves (eds.), Manchester, Manchester University Press.
- 1988, "Animas y pilatos en escena: Semana Santa en Coteje (Cauca)", Conferencia inédita, Segundo Simposio de Cultura Negra, Popayán, septiembre 22-25.
- Friedemann, Nina S. de y Jaime Arocha, 1985, *Herederos del jaguar y la anaconda*, Bogotá, Carlos Valencia Editores.
- 1986, *De sol a sol: Génesis, transformación y presencia de los negros en Colombia*, Bogotá, Editorial Planeta.
- Friedemann, Nina S. de y Carlos Patiño Roselli.
- 1984, *Lengua y sociedad en el Palenque de San Basilio*, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo.
- Gobernadores Indígenas en Marcha, 1985, *Nuestra idea y los problemas de hoy*. Popayán: Gobernadores Indígenas en Marcha.
- González, Fernán, et. al., 1988, "Colombia: conflicto social y violencia 1980-1988, Temas para una investigación", *Documentos Ocasionales*, No. 48, Bogotá, Centro de Investigación y Educación Popular, CINEP.
- Grupos de Solidaridad con los Indígenas, 1988, *Más allá de la denuncia: ¿A dónde va la violencia revolucionaria en el Cauca?*, Cali, Grupos de Solidaridad con los Indígenas.
- Harris, Marvin, 1977, *Caníbales y reyes*, Madrid, Salvat.
- Lathrap, Donald W., 1977, "Our father the cayman, our mother the gourd: Spinden revisited, or a unitary model for the emergence of agriculture in the New World", en *Origins of agriculture*, págs. 713-751. Charles A. Reed, ed. Nueva York: Mouton.
- Lobo-Guerrero, M. y X Herrera, 1983, "La supervivencia de un pueblo: los htenu, Colombia", *Chantiers Amerindia*, Suplemento 2 al No. 8 de *Amerindia*. Paris, Asociación de Etnolingüística Amerindia.
- Losada, Rodrigo y Eduardo Vélez, 1988, *Muertes violentas en Colombia, 1979-1986*, Bogotá, Instituto Ser de Investigaciones.
- Mintz, Sidney y Richard Price, 1977, "An anthropological approach to the Afro-American past: A Caribbean perspective", *Occasional Papers in Social Change*, No. 2. Philadelphia, Institute for the Study of Human Issues.
- Pineda Camacho, Roberto, 1984, "La reivindicación del indio en el pensamiento social colombiano (1850-1950)", en *Un siglo de investigación social: Antropología en Colombia*, págs. 198-251, Jaime Arocha y Nina S. de Friedemann (eds.), Bogotá, Etno.
- Pizarro, Eduardo, 1986, "La guerrilla revolucionaria en Colombia", en *Pasado y presente de la violencia en Colombia*, págs. 391-412.
- Gonzalo Sánchez y Ricardo Peñaranda (eds.), Bogotá, Cerec.
- 1987, "Conferencia sobre la futilidad de la lucha armada", Coloquio sobre alternativas populares, marzo 18-23, Bogotá, Centro de Investigación y Educación Popular.
- Reyes Posada, Alejandro, 1988, "Actual geografía de la violencia en Colombia", Simposio sobre investigaciones recientes sobre la violencia en Colombia, Universidad Javeriana, 18 de agosto. Bogotá, Instituto Ser de Investigaciones Fundación para la Educación Superior.
- Reyes Posada, Alejandro y Ana María Bejarano, 1988, "Conflictos agrarios y luchas armadas en la Colombia contemporánea: Una visión geográfica", *Análisis Político*, No. 5, págs. 6-27.
- Sánchez, Gonzalo, 1985a, *Ensayos de historia social y política del siglo XX*, Bogotá, El Ancora Editores.
- 1988, "Diagnóstico sobre la situación (de violencia) contemporánea", *Semana*, No. 313, mayo 3-9, págs. 42-43, Bogotá, Editorial Caribe.
- Varios, 1989, "El 'dossier' paramilitar", *Semana*, No. 362, abril 11, págs. 22-34, Bogotá, Editorial Caribe.

